

levantarse las brujas de Macbeth y ofrecerle materialmente la corona de rey. Los periódicos, centelleando ese fuego de los primeros días de la libertad, exaltaban la fe en los cambios radicales y súbitos, en las revoluciones creadoras. Los debates de las Cámaras, recogidos con celo y contados con esa ciencia narrativa de los franceses, prosistas incomparables, comunicaban á todo el mundo la devoción á las grandes discusiones. Donde se reunían doce personas, se levantaba una asamblea, y se discutían los intereses públicos, así en las calles como en los cafés, así en los paseos como en las escuelas. El Palacio Real, centro entonces de París, cercano al río, fronterizo al Louvre y al Carrousel, residencia de la dinastía revolucionaria que conspiraba contra la dinastía legítima, guardaba sus jardines para el pueblo, sus jardines donde había cafés que eran senados permanentes, vendedores de caricaturas y de periódicos, tertulias políticas que difundían toda suerte de noticias, mesas convertidas en tribuna, fuentes que acompañaban con sus rumores la elocuencia moderna como la flauta acompañó la elocuencia antigua, oradores al aire libre cuyas ideas, dichas con todos los arrebatos de la pasión, propios de esta juventud del espíritu público, enardecían, apasionaban, entusiasmaban á gentes dispuestas á llevar por todas partes aquellas incendiarias arengas. De Versalles á París y de París á Versalles pasaba á la continua una procesión que traía y llevaba las noticias, agrandándolas en el paso de boca en boca y con el prestigio fascinador de la distancia. Este reguero de pólvora partía desde la Asamblea al Palacio Real, desde el Palacio Real á los extremos de la gran ciudad, de los extremos de la gran ciudad á todas las provincias. El entusiasmo crecía tanto, que se contaba cómo un día murió cierto orador popular de una apoplejía causada por los enardecimientos súbitos que producía en la sangre el fuego de las ideas.

Ardeía Francia entera. Partidas misteriosas salían de las aldeas y se desparramaban por todas partes. Los títulos, en que constaba la propiedad de los antiguos castillos, desaparecían. Los castillos rodaban al pie de la plebe. Era el contagio tan grande, que había sobrecogido así á los hombres de negocios como á los hombres de ideas. Y á todo esto se unía el hambre que devastaba las principales regiones, el hambre que enflaquecía todos los cuerpos, el hambre que despertaba instintos batalladores, el hambre de pan que muchas veces se satisface con el alimento propio de las almas, con el pan espiritual de las ideas. ¿Qué podía salir de todos estos conflictos, de semejante estado moral; qué podía salir sino la situación más trágica que ha conocido la historia?

La corte arrojó sobre un montón de pólvora la tea del incendio. Mientras la revolución, abandonada á sus fuerzas y á sus inspiraciones propias, no tuvo poder legal ninguno, la alentó con ánimo de hacer pechar á las clases privilegiadas y aumentar los pechos de las clases medias. En cuanto la revolución tuvo poder legal, una Asamblea organizada, y por consiguiente una autoridad, temió perder la propia supremacía y se coligó con los nobles para perder á la revolución. Heridos en sus derechos, desacatados en su autoridad, puestos siempre en la obligación de conjurar las conjuraciones aristocráticas, los diputados más resueltos por el man-

tenimiento de la paz pública y los más enemigos de los excesos revolucionarios tuvieron que fiar al pueblo y á sus fuerzas la defensa de una Asamblea continuamente amenazada por el monarca y sus cortesanos. La prueba de estas conspiraciones de arriba, que suscitaron los excesos de abajo, vamos á verla y á tocarla en todos los sucesos que se desarrollan tan dramáticamente desde el 10 de julio al 4 de agosto de 1789. Dejemos hablar á la historia. Por un doble error, el pueblo ponía en Necker todas sus esperanzas y la corte todos sus odios. En estos tiempos de revolución se vive mucho, y un día y un suceso deciden de largo tiempo y de innumerables sucesos. Necker bajó en el ánimo popular por haber presentado á la primera sesión regia un programa incompleto, y volvió á subir por no haber asistido á la segunda sesión. Así la corte le imputaba complicidad con los revolucionarios, complacencias con la revolución. De grado lo expulsara el 23 de junio, pero no tenía bastante fuerza armada para dar razón de un solo hombre, y remitió á otra coyuntura más propicia su destitución y su destierro. El 10 de julio ya estaba la tropa aglomerada entre París y Versalles, el ministerio reaccionario formado y apercebido, la disolución de la Asamblea Nacional resuelta, y podía darse con seguridad el certero golpe. A la hora acostumbrada fué el director de Hacienda á palacio, y se encontró con el atollado conde de Artois, que á gestos amenazadores y palabras violentas le anunció su desgracia. Aquella noche, cuantos ministros vieron á Luis XVI notaron, en lo embargado que tenía la atención por la intimidad de sus pensamientos y lo tarda que tenía la palabra, más bien maquinal que reflexiva, el anuncio de pavorosos proyectos. El 11 de julio Necker se asentaba á la mesa con su familia y sus amigos. En el momento de tomar la sopa, recibe un pliego de la casa real. Era la orden de su destitución y de su destierro. Pero continuó comiendo, sin mostrar, ni en su fisonomía ni en su conversación, todo el tropel de sus varias emociones. Acabada la comida, le dijo á su mujer que le acompañara, y entraron ambos en un coche. La mujer no supo adonde iba hasta que llegaron á Bruselas, ciudad escogida por el ministro como asilo de su desgracia.

El día 12 de julio por la tarde supo París la desgracia de Necker contada en el foro parisiense de entonces, en el Palacio Real, hoy convertido en bazar. Al primero que llevó la noticia hubo de costarle cara, pues tomándole por alarmista la gente, quiso echarlo al pilón de los surtidores cuyos cristales se elevan en los centros del jardín. Pero bien pronto la triste realidad se revela. Los venidos de Versalles la cuentan. El ministro patriota está fuera del poder y fuera de la patria. Un ministerio reaccionario se ha formado. Lo preside Breteuil, cortesano de los cortesanos, en cuyo pecho sólo cabe un culto, el culto á la autoridad absoluta del rey. Tiene la cartera de la guerra Broglie, viejo mariscal, petrificado héroe de la guerra de los siete años, y que ha prometido en juramento degollar á los parisienses y quemar á París. Se encuentra entre los consejeros Foulon, aquel que dijo un día, al oír el relato de las públicas miserias, «que coma heno el pueblo.» La Asamblea va á ser disuelta y la capital entregada al saqueo y al degüello. Un escalofrío inmenso sobrecoge á la gran ciudad. Á este escalofrío sigue un sacudimiento.

Parece que las piedras brotan gentes, según vienen de todas partes al Palacio Real y de todas condiciones. Ancianos y niños, hombres y mujeres, publicistas y jornaleros, vagos de las afueras y hasta aristócratas de antiguos blasones, los poetas y los banqueros, todos los extremos de la cadena social, todos los representantes de las opuestas clases se juntan en uno de esos sentimientos que se agrandan y se agigantan al calor del universal entusiasmo y con el contagio que produce en las almas el contacto de las palabras en los aires. Entonces un joven escritor que parecía escapado de bajo relieve antiguo, si no por su figura, por su estilo; mezcla sublime de Plutarco y de Aristófanes en la elevación de las ideas y la vivacidad de la risa; destinado á unirse al hombre de mayor acción revolucionaria por ese instinto ciego con que la sensibilidad y la gracia buscan siempre á la energía y á la fuerza; armado de una pluma que muchas veces mata, aunque sea como un puñal italiano cincelado por primorosa mano y cubierto de piedras preciosas; gran agitador que se entrega al oleaje revolucionario, sin presentir ni prever adónde irá á llevarlo; Camilo Desmoulin, en dos palabras, sale del café Foy, sube á una mesa en el jardín, tiende los brazos al pueblo, lanza palabras sublimes é incoherentes que excitan á la resistencia, jura morir por la libertad, y propone, arrancando una rama del árbol cercano y poniéndola en su sombrero, que verde escarpela sea el distintivo con que desde aquel día en adelante se reconocieran los patriotas. «¡Color de la casa de Artois!» gritan algunos patriotas. «¡Color de esperanza!» replica Camilo. A este color se unieron luego el rojo, que distingue á la ciudad de París, y el blanco, que distingue á la antigua Francia; y nació esa bandera tricolor que todavía quieren substituir con sus flores de lis los reaccionarios, y los demagogos con su pendón rojo; esa bandera tricolor, saludada por «la Marsellesa» y seguida por las legiones de la democracia; esa bandera tricolor á cuya sombra han huído los reyes en desorden y se han levantado de su sepulcro los pueblos enterrados; esa bandera tricolor que ha lucido entre las nieves eternas de los Alpes y en los eternos resplandores del Egipto, en la cima de las Pirámides y en la cima del Capitolio; esa bandera tricolor con la cual aún sueña Polonia en sus hierros y á cuya vista ha resucitado Italia transfigurada; bandera sacratísima que, limpia hoy de las manchas en ella extendidas por el cesarismo y la conquista, vuelve á ondear en el centro de Europa como la enseña de la libertad y del derecho, fatal á todos los tiranos y á todas las tiranías.

Pero sigamos nuestra narración. Cuando Camilo Desmoulin ha descendido de su mesa después de haber hablado al pueblo, cree morir en los brazos de las gentes que le oprimen contra su pecho. Al choque eléctrico de los corazones las ramas quedan despojadas de sus hojas y las tiendas de sus telas verdes. Las gentes quieren llevar en sus sombreros las señales que los unen y los identifican por completo en la misma idea y en el mismo sentimiento, en la idea del derecho y en el amor á la libertad, claros y reflexivos en unos, confusos é inciertos en otros, fuertes y poderosos en todos. Desde el Palacio Real se va la muchedumbre en tropel hacia la calle del Temple, á casa del escultor Curtino, donde hay bustos de todos los más renombrados per-

sonajes y más queridos del pueblo. La efigie de Necker, el ministro de la revolución; y de Orleáns, el príncipe de la revolución; y de Lafayette, el general de la revolución, cubiertas de crespón negro, como para un luctuoso entierro, son conducidas por los largos boulevares, por el Palacio Real, por la calle de Richelieu, por el boulevard nuevamente hasta buscar la calle de la Paz y la Plaza de Vendome, desde donde se dirigen, pasando ante el jardín de las Tullerías, hasta la plaza de Luis XV, entre aplausos, gritos, espasmos de entusiasmos, voces discordantes, palabras de esperanza, miradas de terror, es decir, entre todos los síntomas y todos los anuncios de la revolución. Desde la plaza de Luis XV hasta Versalles, en aquel trayecto de algunas leguas, por el Campo de Marte, por el bosque de Bolonia, por los parques de Saint-Cloud, por los alrededores de Sevres, por las largas avenidas de Versalles las tropas de la corte aparecen acantonadas y dispuestas al combate, encontrándose tras de ellas, como el Marte que las dirige, el duque de Broglie, falso ídolo de la guerra, levantado allí para perseguir y ahuyentar con las bayonetas el éter misterioso de las ideas. Besenval el cortesano, Besenval, aparece como el primer ministro y el primer sacerdote de ese rey; y Lamesch, el príncipe Lamesch, recibe á la cabeza de su regimiento real alemán el impulso del dios y de su sacerdote en la magnífica plaza de Luis XV, hoy plaza de la Concordia. Así, cuando los gritos se oyen tonantes como el estruendo de una nube que se acerca, Lamesch percibe sus gentes; y cuando la manifestación aparece, las arroja sobre los manifestantes. La procesión se disuelve; los grupos corren atropellándose unos á otros en extraordinaria confusión; las efigies ruedan por tierra; algunos heridos se arrastran en busca de salvación, y algunos muertos quedan inertes en el arroyo. Pero bien pronto una parte considerable de la multitud se rehace, y volviendo sobre sus pasos, arremete con los dragones alemanes á taponazos y silletazos, á pedradas é injurias, mientras otra parte de la población coge un cadáver encontrado al paso y caído entre los pies de los caballos, y lo muestra con verdadera ostentación y terribles alaridos por calles y plazas, pidiendo desafortadamente una inmediata é implacable venganza.

El cadáver que de tal suerte incitaba á la multitud era de un soldado, de un guardia francés. Para todo sirven las bayonetas menos para sentarse en ellas. Cuando apoyan un orden de cosas sostenido por la opinión, é impiden los atentados de la minoría contra la mayoría, resultan fortísimas, pero frágiles cuando á la voluntad general se oponen y combaten impalpables é incoercibles ideas, á cuyo misterioso poder se doblan y se rompen, como las cañas al poder del viento. Los soldados no han venido de otro planeta y no acampan en una nación como si fuera un solitario campamento. Tienen ojos y ven las miserias públicas; tienen oídos y oyen los clamores amargos; tienen corazón y sienten los afectos generales; tienen inteligencia y reciben el rayo de luz que penetra en todas las almas; tienen familia y desean ver su hogar respetado y su propiedad consagrada y su trabajo retribuido; son hombres y no se excluyen del movimiento de la humanidad; pertenecen al pueblo y no se eximen de las cóleras y de las pasiones populares: el oxígeno de la atmósfera moral

llega á su pecho como el oxígeno del aire, y mueve su corazón que á su vez mueve el brazo, mantenedor de la pesada arma á que libra la reacción toda su salud y toda su fuerza. Luego los clubs agitan, los periódicos escriben, los oradores peroran, las muchedumbres gritan, y todo esto oxida los sables. ¡Fíarse exclusivamente en la fuerza esa ciega corte! ¿Pues no sabía que muchos soldados acudían á la Asamblea del estado llano poniéndose á sus órdenes? ¿Pues no sabía que grupos numerosos de ellos escuchaban bajo los árboles del Palacio Real las arengas populares? ¿Pues no sabía que varios, condenados por desconocer sus consignas é ir á los clubs, acababan de alcanzar la libertad por un movimiento del pueblo? Si una parte no más del ejército le faltaba, ¿adónde irían á parar? Y le faltó. Los guardias franceses salieron de sus cuarteles de la Chaussée d'Antin y se encararon con el regimiento real alemán y tendieron muertos á algunos de aquellos cuyos sables acababan de herir á las muchedumbres. No había remedio. La partida estaba ganada por el pueblo.

El ejército se encuentra paralizado, como si hubiera visto siniestra aparición al saber que los suyos también auxilian á la revolución en lugar de defender á la corte. Broglie grita más que gritaba en la guerra de los siete años, pero se le oye menos. Los rayos de Júpiter siempre fueron los mismos; pero durante cierto tiempo se empeñaron los fieles en verlos y después en no verlos. Así, la parálisis sobreviene cuando más se necesita la acción, porque Júpiter tonante no fia gran cosa de sus rayos despuntados. El palacio parece envuelto en la sombra de los misterios. Excita á sus generales para que exciten á los regimientos, y los coroneles aparecen llorando á decir que no les oyen sus soldados. La Asamblea está despierta y en la luz. Lafayette la preside, pues el cielo ha querido que asista á la inmaculada revolución de un pueblo libre, de América, y á la sangrienta revolución de un pueblo esclavo, de Francia. En vano envía mensaje tras mensaje á la corte. No quieren oír cosa alguna porque están seguros de triunfar. Mientras tanto, corre el 13 de julio. El antiguo Ayuntamiento de origen real se hunde como tantas sombras de las castas, y lo substituyen los delegados de los electores como primer borrador y ensayo de la democracia; el grito «¡á las armas!» resuena por todas partes; los guardias municipales ceden sus fusiles al pueblo; el repique de las campanas que tocan á rebato se confunde con el martilleo de los yunques y el resuello de las fraguas que forjan las lanzas; las calles y las casas vomitan esos monstruos de la revolución, ébrios de cólera y hambrientos de matanza, cuyos gritos estridentes semejan á los rugidos de las fieras de las selvas y á los graznidos de las aves de rapiña; el guardamuebles de la corona es asaltado en pos de armas y salen multitud de pilluelos arrastrando los cañones montados en ruedas de plata que el rey de Siam regaló á Luis XIV, y las espadas damasquinadas, y los áureos petos, y los cascos brillantes y las cimbras, como si fuera aquella escena real una escena fantástica; la prisión de San Lázaro, presidida por sacerdotes, tiene que entregar al mercado sus innumerables combustibles, y la prisión de los deudores, la Force, á la libertad sus innumerables presos; los fugitivos que intentan huir de la ciudad, refugiarse quizá en el extranjero, vuelven escoltados por las mu-

chedumbres; tres mil soldados de la guardia francesa, con todos sus fusiles y todos sus cañones, pero sin ningún oficial, se entregan al pueblo; la milicia ciudadana se improvisa y se arma en medio del tumulto; los tambores redoblan y las cornetas chillan y retiemblan los fusiles al caer sobre los pavimentos; la población entera se entrega en cuerpo y alma á la revolución, de tal suerte, que mientras los hombres se alistan, se preparan, se arman, se ejercitan, se aperciben al combate, las mujeres cosen escarapelas, levantan piedras, y á las llamas de gigantescas fogatas, en grandes calderas, hierven la pez y el agua apercebidas contra las tropas de los tiranos; que la ira ha llegado á uno de esos paroxismos sublimes en los cuales ó se suicida ó se redime un pueblo.

En medio del delirio la revolución revestía un carácter de verdadera pureza. Cuando las ideas, lo que hay de divino en nosotros, hablan, los apetitos, lo que hay en nosotros de bestial, callan. El pueblo tenía embargadas todas sus facultades por el pensamiento, y al pensamiento sometido todo su ser. Aquellas legiones gigantescas, verdaderas olas encrespadas, verdaderas nubes tonantes, trombas terribles en espirales gigantescas, torrentes de lavas humeantes, movíanse, estallaban, rugían, devastaban, impulsadas por la idea que siglos de siglos elaboraran con su creador trabajo. Así es que todo parece maravilloso, porque tiene toda la indole de estas crisis supremas. De su propia naturalidad nace lo extraordinario y lo milagroso de estos acontecimientos. No vienen de improviso, como esas montañas nacidas en una noche por los caminos de Bayas, á las orillas misteriosas del Lucrino y del Averno. Estos grandes días se han producido por trabajos de una fuerza y de una duración verdaderamente geológicas. Así el vapor de la idea se subía á todas las cabezas como si estuviera disuelto en los aires. Unas lo sentían, otras no lo sentían; unas tenían conciencia de la idea, otras no la tenían; pero en todas estaba, como ciertos miasmas sutiles é impalpables de la atmósfera que en mayor ó menor cantidad todos absorben. Al influjo de la idea se habían abierto las prisiones de los presos políticos y cerrado las prisiones de los presos ordinarios. Al influjo de la idea se habían cogido en los asaltos de edificios públicos las armas y despreciado las riquezas. Al influjo de la idea se había oído la palabra perdón, tratándose de enemigos inermes, y la palabra muerte en cuanto se echaba la mano sobre un ladrón declarado.

Besenal cuenta que en la madrugada del 14 de julio, muy temprano, porque en París amanece en tal mes pronto, se le presentó un joven que, según su relato, debía parecerse al joven esculpido más tarde por Rude en el gigantesco bajo relieve de «la Marsellesa», y le habló con vivísima elocuencia de la inutilidad de toda oposición armada ó no á los decretos del pueblo. Dice que debió arrestarlo; pero no se atrevió, sin duda por esa magia que ejercen las ideas sobre todos en el mundo, hasta sobre sus invencibles enemigos, en estos días creadores de la historia. Lo cierto es que Besenal vió al pueblo ir á los Inválidos; penetrar en sus corredores, patios y salones; recorrer desde las bases á la cúspide, hasta dar con los veintiocho mil fusiles allí reunidos y repartírselos con el mayor estruendo, conviniéndose en tomar la fortaleza del absolutismo, la prisión de la con-

ciencia, el gigantesco esqueleto de lo pasado, la formidable Bastilla.

Miradla. El monumento de las revoluciones que se levanta como un árbol gigantesco; el ángel de bronce dorado que tiende sus alas al sol y que de noche parece una estrella; el silbido de la locomotora cruzando sobre viaductos gigantescos por sus espacios, no ha podido quitarle el horror unido á su terrible nombre, ni la sombra mortal extendida sobre sus antiguos espacios. Allí los calabozos abiertos en las entrañas de la tierra, humedecidos por las filtraciones del Sena, apestandos por el hedor de las cloacas; los fosos tristísimos y hondos como abismos; las paredes sombrías, de un espesor tal que parecen montañas; los puentes levadizos con sus cadenas titánicas y sus deformes clavos; las triples rejas á través de cuyos barrotes penetra la luz mortecina de las prisiones parecida al reflejo de las lámparas funerarias sobre las losas del sepulcro; los fuertes y contrafuertes con sus remates de ladronera entre cuya negra crestería pasean como sombras los soldados de centinela; y las ocho gruesas torres con sus tristes aspilleras por donde abren sus fauces los cañones; todo cuanto recuerda el castillo feudal, la horca del pechero, los potros del tormento, los grillos del siervo y el clavo vil de la servidumbre, las llamas de la inquisición, los procedimientos secretos, las penas horribles, los negros blasones del siniestro feudalismo y de la antigua monarquía. Imaginaos el padecer horrible de los hombres que por una palabra, por un escrito, por una venganza, por el asomo de una idea en la conciencia y el resonar de un sentimiento en el corazón, se han pasado años enteros en esos calabozos, sin luz, sin aire respirable casi, oyendo á lo lejos el rumor de la gran ciudad más sublime que el rumor del Océano, como para recordar con tristeza mayor aún que la tristeza del cementerio, donde reina á lo menos la paz y el silencio eterno, para recordarles en su tumba el movimiento y el calor y el espíritu y el poder fecundo de la vida. Cada idea social se une á su monumento, como la carne y la sangre y la vida del organismo á su esqueleto.

La Bastilla, á los ojos del pueblo, aparecía como la petrificación gigantesca del antiguo absolutismo. Tomarla era tanto como tomar la monarquía. Su cúspide aérea, ligerísima, brillante, frágil, estaba en ese Versalles de ayer; la base verdadera estaba en el negruzco granito y en el férreo almacén de la Bastilla. Al tomarla el pueblo creía tomar los palacios de Nínive y Babilonia, las ergástulas de Espartaco, la hoguera de Juan Hus y Jerónimo de Praga, el tormento de Vanini, la inquisición de Giordano Bruno, el tribunal que había herido á Galileo, el conclave de sombras que había negado el movimiento de la tierra, el suplicio donde habían padecido y muerto, desde Sócrates hasta Jesucristo, las fortalezas todas de la antigua tiranía.

Así, no sabemos quién ha movido, quién ha irritado á todas esas muchedumbres para que vayan á tomar tal fortaleza. En esta escena de la historia moderna el protagonista es el pueblo, como en ciertas escenas de la tragedia antigua el protagonista es el coro. Parece que las almas de los grandes forjadores del derecho vuelan por los aires como esos ángeles airados puestos allá en lo alto para excitar á los suyos por los pintores religiosos en las antiguas batallas bíblicas. El pueblo

desemboca por todas partes con sus tambores resonantes, con sus trompetas estridentes como las trompetas de Jericó, con sus selvas de picas, con sus cañones, sus mosquetes, sus carabinas, sus armas de todos tamaños y de todos calibres, sin jefes, sin consigna, sin plan, sin táctica, como si á la absorbente unidad antigua sucediera esta variedad infinita que raya en la anarquía y que sólo puede juntarse y sostenerse por la fuerza única de atracción, por el poder de las ideas. Así es que uno de los dictadores improvisados de aquel París en delirio, el elector Thouriot, entra á ver al comandante de la Bastilla y le enseña al pueblo irritado, que se acerca como pavorosa inundación, y le obliga á aplicar el oído al clamor de la muchedumbre semejante al clamor que derribaba, muertas de espanto, las aves del cielo sobre las tierras de Grecia. Hay en aquel rumor de la muchedumbre algo de sublime como en los rumores de la naturaleza. Pero Launay, el gobernador de la Bastilla, es un hombre de esos que llevan la fidelidad á su causa, por vencida que se encuentre, hasta el martirio. Para él no existe más religión que la ordenanza, ni más Dios que la consigna, ni más causa que el cumplimiento estricto del deber; y tiene la resolución de cumplirlo y sostener la Bastilla como las figuras de hierro que, encadenadas, sostienen el reloj sombrío, cuyo horario ha contado tantas angustias y tantas lágrimas y tantas agonías, en el patio mayor de la colosal fortaleza. No, la historia no puede pasar ante esos hombres que se levantan sobre las ruinas, sin saludarlos como á los últimos troadas que murieron abrazados á las ruinas de Troya; como á los últimos judíos que cayeron entre los escombros del templo de Jerusalén; como á los últimos paganos que, mientras los bárbaros celebraban las primeras procesiones cristianas entre los escombros del Foro y del Capitolio, tendían sus brazos suplicantes, vestidos con las antiguas túnicas, y coronados de mirto y de verbena, á los vencidos dioses de su raza y de su patria. Launay está decidido; tiene una mecha en la mano y se asienta junto al polvorín para saltar con toda la Bastilla, y si es preciso con París entero. Mas ¡ah! que no puede gloriarse de preceder á esta medida extrema una resistencia heroica que la justifique. Unos cuantos inválidos; algún que otro suizo; para un solo día de víveres; ninguna esperanza en auxilios y socorro de fuera; por todas partes amenazas y asaltos; en el pecho la desesperación; he aquí su estado. Y mientras tanto el empuje de fuerza creciente; el pueblo porfiadísimo; las descargas cerradas; los cañonazos continuos; cuatro horas de combate; el herido que se arrastra en la agonía, invocando la libertad; los moribundos diciendo á los suyos que vayan á buscar una muerte semejante á su muerte sublime; los cadáveres recogidos y llevados en triunfo; las mil campanas de París descargando terror en el aire; los varios rumores de la batalla retronando como si en cada giro del aire hubiera una tormenta y en cada piedra del suelo un terremoto; el clamor general subiendo con las espirales del humo y las llamaradas del incendio en tal suerte que todo París, la ciudad revolucionaria ya, parece un verdadero infierno.

Por fin, tras un día entero de combate la capitulación viene y la Bastilla se rinde. El viejo mundo se ha rendido con ella. Las sombras de las fortalezas, las ca-

denas de los puentes levadizos, los calabozos donde sepultan á los vivos, la antigua fidelidad caballeresca de los gentileshombres, el estruendo de los cañones, las amenazas, las resistencias heroicas, los ejércitos inquebrantables, todo ha cedido, porque todo lo ha envuelto en su alma inmensa, como en nube maravillosa, la idea encendida por tantos siglos y propagada de mente en mente hasta descender como un relámpago al profundo abismo donde se agita el pueblo. Luis XVI, vencido, desconcertado, le preguntaba á uno de esos pocos servidores que dicen la verdad á los reyes: «¿Vienes de París? ¿Lo sucedido allí es una revuelta? —No, señor; es una revolución.» Efectivamente, era una revolución.

Después de tomada y rendida la Bastilla, puede decirse que estaba tomada y rendida la sociedad antigua. Así, la Asamblea constituyente, en la noche próxima al 14 de julio, en la noche inmortal del 4 de agosto, coronó y cerró todo este periodo, suprimiendo de raíz el feudalismo, y proclamando como decálogo del nuevo mundo social los derechos fundamentales del hombre. Se había definitivamente consumado una revolución.

La Bastilla tomada y derruida quería decir la revolución vencedora ya definitivamente, y apoderada de la piedra fundamental, donde las viejas instituciones se asentaban y erguían. ¡Cuán terrible el furor iconoclasta de las revoluciones! Cuando los griegos entraban allá en los templos asiáticos, siguiendo la fantástica carrera de Alejandro, destruían los ídolos orientales, sin adivinar que eran padres de sus propios ídolos. Cuando los cristianos sucedían á los antiguos sacerdotes, soterraban las efigies de las divinidades clásicas, que más tarde servirían de modelo á sus propios pintores para trazar los Cristos, las Vírgenes y los bienaventurados. Cuando la Reforma, la religión del Renacimiento, sucedió al Catolicismo, la religión de la Edad Media, hizo de las antiguas catedrales góticas como naves desarboladas y encalladas. Cuando la revolución, es decir, la revolución del derecho, sobrevino, cebóse en los castillos, como las precedentes revoluciones en los templos; y entre los castillos, ninguno tan execrable como el que atormentara y contuviera las víctimas de los reyes, ninguno tan execrable como la Bastilla. Imposible que el foso, línea divisoria de las clases sociales, se colmara; que la torre del homenaje, signo de la servidumbre de unos y de la soberbia de otros, se cayera; que la horca, donde pendían los esqueletos de los villanos mondados por los cuervos, se acabara; que el calabozo, la ergástula de los últimos esclavos, se hundiera; quedando de pie, como la clave de todas aquellas tiranías, la regia fortaleza de los monarcas, la eterna amenaza de los pueblos. Muchas columnas miliarias hay en la historia que señalan los caminos del género humano y las diversas direcciones tomadas por el humano espíritu en el tiempo. Aquí las Pirámides, de cuyas cúspides bajan tantas ideas á la conciencia como arroyos y vías de las niveas montañas al valle hondísimo; allí el Parthenón, cuyas armoniosas proporciones señalan que la geometría del pensamiento se ha impuesto á la fatalidad de la Naturaleza; allí el Capitolio, el cerebro del mundo, la primera aparición de la idea de humanidad sobre la tierra; acullá la catedral gótica con sus cresterías y con sus agujas y con sus

cúpulas, como para demostrar que el género humano, cuya unidad material ha sido proclamada por el derecho y cuya unidad moral por el cristianismo, ha crecido tanto que puede bogar entre coros de ángeles é iris de ideas místicas hacia lo infinito. Pero ninguna de estas piedras miliarias señala una época tan distintamente como la columna erigida sobre la plaza de la Bastilla, no obstante hallarse consagrada á un solo incidente de la revolución universal, tan secundario como el movimiento de julio. Bien puede asegurarse que á un lado está el privilegio y á otro lado el derecho; que á un lado la tiranía y á otro lado la libertad; que á un lado el señor feudal y á otro lado el ciudadano moderno; que á un lado la edad de los reyes y á otro lado la santa edad de los pueblos.

Lo cierto es que, en cuanto la Bastilla cae, la revolución comienza. Los legisladores aguardan á que tal espectro desaparezca para elevar en los horizontes de la moderna historia el lumínar de la conciencia libre, cual aguardó Moisés á que la zarza encendida del Oreb se consumiera para entregar las tablas de los divinos mandamientos al pueblo de Israel. Lo cierto es que aquellos pensadores, sobre los cuales había caído el don de las lenguas como sobre los apóstoles en el cenáculo; aquellos reformistas, cuyos cuerpos se retorciaban en el potro de los tormentos y cuyas almas se apenaban en las sombras de la censura, todos ansiosos de proclamar la buena nueva como necesaria á la inmediata redención universal, y de recorrer los espacios abiertos á su actividad como el ave que siente las primeras plumas en sus alas inquietas; aquellos innovadores inexpertos de las resistencias históricas y anhelosos por formular todas las ideas puras, se refrenaron con saludable freno y no dijeron el nuevo Verbo hasta que rodaron á sus pies las piedras de la siniestra Bastilla y con las piedras de la siniestra Bastilla los restos de la antigua monarquía. El 14 de julio de 1789 tomaron la fortaleza del terror monárquico las muchedumbres, y el 4 de agosto de 1789 proclamaron el decálogo de los derechos humanos los legisladores. ¡Qué revelación! Los jurisperitos últimos de Roma derivaban el derecho de la voluntad del César; los señores feudales de la Edad Media lo derivaban del espacio, del suelo, donde se extendía la sombra de sus torres y la jurisdicción de su cuchillo; los fundadores de la monarquía absoluta lo derivaban del tiempo, de la tradición que consagrara y robusteciera las instituciones hereditarias y las dinastías reinantes, diciendo cosa tan vaga en el fondo y tan explotada por su ambiguo sentido como que todo poder proviene de Dios; la primera vez que el derecho se declara en la Europa monárquica, derivación de algo superior á los reyes, á los tiempos, á los espacios, á las clases teocráticas, derivación de la naturaleza humana, es esa noche del 4 de agosto, que hombres libres recordarán en lo porvenir con tanto culto como recuerdan ahora los cristianos la noche del Nacimiento de Cristo. Es verdad que á la revolución francesa había precedido la revolución helvética, pero tan ligada con el espíritu de la Edad Media, que parecían sus democráticos y republicanos cantones municipios de excepción y de privilegio; es verdad que la había precedido la revolución holandesa, pero movida por tal espíritu religioso, que parecía un combate de

sectarios entre sí para recabar el triunfo de una creencia y no el movimiento de un pueblo para entrar en el seno de su derecho; es verdad que la había precedido la revolución británica, pero tan escrupulosa por la legalidad antigua, tan adscripta á los privilegios históricos, tan sagaz para huir de lo pasado, sin maldecirlo ni soterrarlo, que parece un litigio de familias reales y no un estallido del humano espíritu; es verdad que la había precedido la revolución americana, y que en esta revolución se había formulado ya el derecho natural, pero el apartamiento de aquel gran pueblo y el individualismo propio de la raza sajona, hicieron que no tuviese sobre el curso de la vida y los tiempos de la historia la soberana influencia de la revolución francesa, la cual puede decirse que con sus declaraciones de derechos reveló en una hora solemne los timbres eternos é indelebles de la naturaleza humana á todos los tiempos y á todas las generaciones.

La idea nueva, de tal suerte extendiera en aquella hora de tempestad su poder, que ascendía á la mente misma de los privilegiados y los arrastraba al sacrificio. Pocas veces se volverá á ver abnegación semejante. Nunca reaparecerá con tan manifiesta evidencia la virtud de principios abstractos sobre las generaciones nacidas y criadas en sociedades contrarias á estos principios. Los nobles, que ejercieran jurisdicciones tan complicadas, que gozaran derechos tan diversos; dueños absolutos del territorio y de sus habitantes; perceptores eternos de tributos y pechos; en posesión secular, ya de un puente, ya de un peaje, ya de la caza diseminada en los bosques, ya de las aguas corrientes en el lecho de los ríos; reyecillos y tiranuelos feudales, en cuyos usos y fazañas conteníanse poderes múltiples sobre la voluntad y la conciencia y la honra y la vida de las manadas de hombres en vasallaje y servidumbre; herederos de dinastías territoriales tan orgullosas como las mismas dinastías regias, bajaron espontáneamente de sus tronos de sombras, y se confundieron con los que antes les miraban de hinojos en la santa igualdad del derecho. El vizconde de Noailles propuso la conclusión de la servidumbre personal, y el duque de Chatelet la redención de los diezmos señoriales, y el obispo de Chartres el fin de las excepciones de caza, y el vizconde de Vivién la abolición de otras monstruosidades análogas, que acaparaban los antiguos elementos en unas pocas manos, y con los antiguos elementos los seres útiles al hombre, en ellos diseminados por el soplo fecundante del divino autor de toda la vida. Los gremios, que limitaban la libertad del trabajo, cayeron en ruinas. Las ventas de los cargos públicos pararon desde el instante mismo en que fueron admitidos todos los ciudadanos á todas las dignidades y á todas las magistraturas. Las inmunidades personales y pecuniarias de la aristocracia desaparecieron al par de todos sus privilegios y de todas sus exenciones. Como había nobles feudales, había municipios feudales también y renunciaron á sus jurisdicciones anárquicas. Como había personas privilegiadas, había provincias privilegiadas también y depusieron sus privilegios. La casta, que naciera con las primeras sociedades constituídas; aquella casta sacerdotal ó guerrera, para quien el plebeyo apenas presentaba apariencia de persona, como instrumento de otros, cosa y propiedad ajena, sin fin ni des-

tino para sí en el mundo; esa casta, teocrática en la India, militar en Persia, mercantil en Cartago y Fenicia, heroica en Grecia y Roma, feudal en la Edad Media, cortesana en los tiempos monárquicos, desapareció, y con ella desaparecieron tantas sombras como obscurían la conciencia y tantas manchas como afeaban la historia. El siervo, vendido y comprado como vil mercancía; ara petrificada de los dioses; bestia de carga para los comerciantes; objeto de escarnio en todos tiempos, arrojado como pasto á las murenas de los estanques patricios y como gladiador á las competencias entre las fieras de los circos; pegado al terruño cual las raíces del árbol y la piedra del surco, se irguió en su dignidad primitiva, en su derecho de hombre, en su íntegra naturaleza, pudiendo decirse sin lirismo y sin exageración que lo creó de nuevo, á lo menos que completó su creación la Asamblea Constituyente, pues sólo entonces fueron, y no antes, todos los hombres, sin excepción alguna, verdaderas criaturas de Dios, á su imagen y semejanza. Imposible medir con el pensamiento ni calcular con los mezquinos cálculos humanos, cuántos esfuerzos se necesitaron de heroísmo, cuántos holocaustos de martirio, cuántas iluminaciones de genio; qué copia de ideas sublimes, qué destellos de inspiraciones divinas, qué legión de redentores; el número de catástrofes en la naturaleza y el número de metamorfosis en la historia; el número de cadalsos enrojados con sangre inocente y el número de ejércitos inmolados en las batallas para sacar del fondo obscuro de los tiempos monárquicos esta luminosa noche de la libertad. Guardémosla religioso culto y creámosla, nosotros, redimidos y emancipados por su virtud creadora, uno de los más bienaventurados instantes del génesis de nuestro espíritu.

La revolución caminaba, á esta hora solemne, sin obstáculos. En días anteriores al asalto de la Bastilla declaróse la Asamblea, que convocó el rey como sombra de los antiguos Estados Generales, Asamblea Constituyente, imagen fidelísima de la nación soberana. Los tres órdenes antiguos, los nobles, la clerecía, la plebe; formaron y compusieron un solo cuerpo. Tomada la Bastilla, último reducto de la resistencia, preguntó Luis XVI á su doméstico el duque de Liancourt si aquello era una revuelta, y el duque le respondió que no, que era una revolución. En seguida, movido Luis XVI de terror, presentóse en aquella Asamblea, á la cual había insultado por boca de sus pajes, y querido disolver por medio de sus tapiceros, declarándola genuina representación del pueblo francés. Todas las satisfacciones que puede dar el miedo á la victoria, se dan desde que el pueblo ha mostrado la resolución de defender el derecho con la fuerza. Necker es llamado del destierro y devuelto al gobierno. La reconciliación con la ciudad de París sigue á la reconciliación con la Asamblea de Versalles, y el alcalde Bailly es recibido y agasajado en palacio como si de antiguo partidario se tratara. Lafayette organiza la milicia nacional; y recibe muestras frecuentes de confianza, especialmente por parte de la reina, que acaricia la idea de tratar á Mirabeau y convertirlo, por todos los medios imaginables, á su devoción y á su servicio. Las dos familias de mayor influencia reaccionaria en la corte van al extranjero, la familia del caballeresco y ligerísimo cuñado